



6 > por el libre mercadillo



- > el mercadillo como problema
- > muerte de un zoco anárquico
- > por el libre mercadillo
- > voces del mercadillo

El Mercadillo del domingo en la Alameda de Hércules, evento inolvidable para toda aquella persona que haya paseado por allí. A la venta cacharros de todo tipo en un ambiente de algarabía, vendedor*s de herramientas, muebles, pasteles, ropa interior, artesanía... enorme catálogo del recicle y la venta a viva voz. Un mercadillo situado en La Alameda -que fue el primer paseo público en Europa para recreo y escaqueo de la ciudadanía- es el protagonista indiscutible de este capítulo.

Aquel fenómeno de venta ambulante y reciclaje que se daba en la Alameda, y se sigue dando en la calle Feria con el mercadillo del Jueves, nos enfoca directamente hacia un importante aspecto de economía y subsistencia, básico en la vida de todas las personas.

Nos encontramos en Sevilla, al sur de España, un lugar donde el nivel de economía y de empleo es bastante más escaso y precario que en otros sitios de la península y de Europa. Aún así las personas, seamos de donde seamos y vivamos donde vivamos, tenemos que encontrar la manera de satisfacer nuestras necesidades más básicas. Evidentemente, no estamos diciendo nada nuevo ni rebuscado, nos referimos a algo tan milenario y tan simple como disponer de los recursos necesarios para comer, habitar... No hay empleos equitativos para todo el mundo, no hay viviendas a nuestro alcance gracias a la especulación, y los fondos públicos, debido a los intereses y despilfarro de quienes nos gobiernan, no cubren la gran cantidad de situaciones y necesidades humanas que quedan al descubierto.

El aspecto desigual y acumulador de la economía capitalista lleva aparejadas las consecuencias de una lógica de mercado que solo beneficia a un*s poc*s. Entre esas consecuencias nos encontramos ante la obligada existencia de la economía sumergida y las maneras de buscar la subsistencia al margen de la "legalidad capitalista". Y, al margen de dicha legalidad, lo que nos encontramos en el centro son las necesidades de las personas que no se cubren desde "la legalidad" y han de ser satisfechas. Hay que buscarse la vida, y el mercadillo era una de esas ocasiones donde eso era posible para muchas personas y con ellas sus entornos más cercanos. La diversidad de personas, modos, mercancías y necesidades hacían de mapa humano y social. Allí tod*s compartíamos el escenario de la Alameda: vendedor*s ambulantes, artesan*s, anticuari*s, yonquis, prostitutas... y buscavidas de todo tipo encontrando dinero, compañía, diversión...



"Buscarse la vida" es considerado indigno y vergonzante para el/la ciudadan* votante: parece ser que la vida no has de buscártela sino que has de ganártela (menos en el caso de nuestros gobernant*s, grandes accionistas y familia real, que a ellos se la "regalamos"). Hay que ganarse la vida con el sudor de la frente, sí, pero no con el de una mañana de mercadillo sino con el de estar insert* en la para much*s inaccesible mascarada de la legalidad capitalista. Nos tenemos que ganar la vida cual premio o recompensa que nos otorgan aquell*s a quienes nosotr*s les venimos "regalando" la suya. Nuestra vida no es un derecho sino más bien moneda de cambio sujeta a directrices y leyes ajenas a nuestras necesidades más acuciantes.

Y ahí estaban nuestras calles y plazas, nuestro fluir sin regular ni diezmar, haciendo posible el "milagro" de la vida... La calle, tierra de nadie y de tod*s y cada vez más en manos de negocios millonarios del ocio y consumo... En las últimas décadas estamos asistiendo a un fenómeno de apropiación de la calle por intereses privados y mercantiles. Para que esto suceda es necesario expulsar a la gente de la misma y despojarlas de su uso como fuente de vida y relación. La estrategia ha sido, además de los planes urbanísticos, la descarada criminalización de todo aquello que no reporte beneficio directo sobre dichos intereses mercantiles: la expulsión de las prostitutas de calle, la botellona y su absurda persecución, la desaparición forzosa del Libre Mercadillo de los domingos en la Alameda de Hércules, entre otras medidas.

O consumes donde tienes que consumir y cuando tienes que consumir (Burger King, Mc Donalds, Tele Pizza, Pan´s & Company, Bocatta´s, ... franquicias de cafeterías como Café de Indias, Lizarrán, bares de copas finos, clubs de alterne, inmobiliarias, El Corte Inglés y demás grandes superficies comerciales...) o no tienes derecho a andar, pasear, sentarte, charlar, disfrutar sin dinero en el bolsillo. Recuerdo como durante nuestra adolescencia sentíamos que la calle también era nuestra, ya que nos hicimos en ella cuando los litros de cerveza todavía no eran prueba de delito...

Como coartada oficial y cómplice de esa apropiación indebida de la calle tenemos al ciudadan* votante medio, al ciudadan* respetable, decente, al trabajador/a, al propietario*, a l*s nuev*s propietari*s, de viviendas, de comercios... Modos de vida socializados en el miedo y las relaciones de dominio que están en contra de lo que escapa a su control, beneficio o propiedad.

6 > por el libre mercadillo

1 foto > Jaime Martínez

2 foto > Erica Bredy 2000

Pánico desperdiciado y pastillas para el miedo a modo de armadura. Triste, pero necesario síntoma: el miedo a la diferencia y a la diversidad de vidas. Síntoma que desenmascara este dramático subterfugio emocional cuando dicen: "mi problema son l*s yonquis, o l*s inmigrantes, o l*s okupas, o las putas, o el mercadillo, o todo ello... El "problema" es en definitiva todo aquel o aquella que está o puede estar económica, social, "moralmente"... por debajo. Mientras, los auténticos problemas se escabullen entre institucionalizadas relaciones de dominio y los intereses del mercado...

Se trata de exprimir y controlar el fluctuar de la vida a través de planes económicos, sociales, urbanísticos y policiales: aparatosas y largas obras que aniquilan el uso y vida de los espacios; rehabilitaciones de parques con vallas y vigilancia, sin bancos para sentarse, sin vida gratis, como solitarios escenarios de cartón piedra suficientemente asépticos para la foto. Vivimos bajo ese "gran hermano" constante que nos dice que todo ha de ser controlado y regulado desde arriba, naturalizando el control y el dominio como necesario e imprescindible para la ¿paz social?, o ¿no será más bien para la apropiación de cualquier forma de vida transformable en dividendos?



El mercadillo de la Alameda no estaba regulado desde las autoridades municipales, se autorregulaba por sí solo. Y no por ello estaba exento de conflictos. Los tuvo, pero con vida propia también, y generándola a su alrededor. Bueno, con vidas, vidas que se entrecruzaban, negociaban, subsistían, inventaban maneras de salir adelante... La historia no contada es en ocasiones ese continuo reinventar maneras de sobrevivir sin regulación externa, sin explotación de otr*s.

Los domingos compartíamos la plaza personas diferentes, eran much*s l*s visitantes cada semana, gente de todo tipo. A veces, observando la Alameda y sus calles abarrotadas, te preguntabas el porqué de esos macroencuentros, de ese rozar de unos y otras, niñ*s , ancian*s, jóvenes... Todos y todas parecíamos imbuid*s en una misma corriente, formando parte del conjunto diverso, como impulsad*s por una especie de indefinida necesidad común.

Desde la expulsión forzosa del mercadillo de la Alameda algun*s de sus vendedor*s han deambulado cada domingo: primero fueron al paseo peatonal de la calle Torneo, pero por los problemas de tráfico y las protestas del nuevo vecindario de bien se acabaron trasladando una vez más. Les desplazaron entonces hasta el puente del Alamillo, frente al barrio de La

Bachillera. De ahí pasa al Charco de la Pava, extraño e inaccesible lugar, donde hoy todavía permanece.

Los domingos en La Alameda pasaron a ser un triste y nostálgico recuerdo... Un insoportable vacío que evoca lo que fue... el último mercadillo anárquico en el primer paseo europeo. Aún así no nos vamos a dejar sumir en la derrota ya que no perdemos las ganas de volver a vivir una mañana de mercadillo en la Alameda, sin regular, sin diezmar, sin obedecer a intereses municipales y mercantiles, que son los que siempre sacan máximo beneficio de todo. No perdemos la esperanza de poder seguir haciendo algo tan antiguo y necesario como repartirnos y autorregularnos nuestra propia vida en la calle.

No obstante, hubo promesas y compromisos políticos de una vuelta del mercadillo. Sabemos que si vuelve no será por tan vanas promesas, sino por la necesidad de buscarse la vida de estas y otras iniciativas colectivas que hacen posible fenómenos como el libre mercadillo. Y en esas estaremos...

El mercadillo como problema pretende dar algunas pistas para entender el sentimiento negativo que una parte de l*s vecin*s albergaba respecto del mercadillo. En otro sentido se evidencia la dificultad, por parte de quienes esgrimíamos su defensa, para articular una ² valorización de este enclave ante los argumentos del miedo y la "seguridad".

Muerte de un zoco anárquico es un hermoso relato que desborda nostalgia y hechizo dominical. Nos sumerge en esa atmósfera especial donde los sentidos se despertaban, en esa ciudad ocasional instalada en el corazón del paseo.

Hemos recuperado un manifiesto, **Por el libre mercadillo**, redactado en el año 2000 por la -en aquellos momentos provisional- Asociación de vecin*s Alameda Guapa. En él se plantean interesantes interrogantes ante la criminalización y la amenaza de expulsión de unos usos y actitudes vitales que chocan con la dictadura del mercado.

Para terminar este bloque hemos dejado para el final el relato del último domingo del mercadillo. **Voces del mercadillo** deja amargamente sobre el papel lo recogido a pie de calle, grabadora en mano. Trasluce de esta manera la rabia e impotencia de quienes se acercaron aquella mañana a practicar su uso legítimo de la Alameda, siendo privad*s de esa posibilidad por la fuerza.

> el mercadillo como problema

José Manuel Valdívia

Uno de los problemas con el que nos encontramos los movimientos que hemos estado peleando en el ámbito Alameda contra los planes de remodelación humana y urbanística del barrio por parte de la Administración, fue la defensa ante la opinión pública de su mercadillo dominical. Defensa tanto más problemática cuanto que en el pensamiento, en el ordenamiento racional de lo que llamábamos "el/la vecin* medi*", el/la vecin* de toda la vida, l*s mercadiller*s entraban en el saco, al igual que las putas y l*s yonquis, de lo malo, sucio, inseguro e indeseable. O al menos esa fue la percepción asumida por nosotr*s de antemano. Posteriormente pudimos comprobar, en conversaciones a pie de calle y en los distintos foros de debate en los que participamos, que ello no era tan evidente. Y, aunque una gran parte de l*s vecin*s participara de esa manera de entender el mercadillo, la realidad del barrio se mostró mucho más rica en matices de lo que en un primer momento habíamos sabido suponer.

El mercadillo creó y alimentó, en sí mismo y en su entorno, todo un espacio de sociabilidad, único por la diversidad de gentes que lo habitaban y por la variedad de actividades que propició, no sólo comerciales, sino también lúdicas y culturales. Desde la propia compra-venta y reciclaje de objetos de segunda mano a las actuaciones en los bares de la Alameda, pasando por la charla con una cervecita y comidas copiosas en la Agustina o la Gallega, los domingos del mercadillo se convirtieron en paso obligado para todas aquellas gentes que deseaban ver, además de la ciudad escaparate que se les ofrecía en los barrios nobles (Santa Cruz), la ciudad viva y bulliciosa que se daba en el marco incomparable de la Alameda.

Y el mercadillo fue también un foro abierto de expresión de ideas y de denuncia. Recordar como ejemplo las recogidas



de firmas y las múltiples acciones informativas o de denuncia realizadas por diversos colectivos y plataformas a lo largo de su existencia.

Sin embargo, en sus últimos años sobre todo, fue causa de una fuerte polémica, agria y sin posibilidad de encuentro en las más de las ocasiones, sobre la repercusión negativa que tenía en la vida del barrio y la conveniencia de su exclusión del mismo.

El mercadillo se convierte así para much*s en uno de los mayores generadores de inseguridad en el barrio, donde abundan carteristas y vendedor*s de objetos robados (la mayoría de los cuales procederían de las zonas cercanas a donde se desarrolla la venta). Lugar de trifulcas nocturnas por la posesión del espacio y fiestas bulliciosas hasta la amanecida que no dejan descansar a l*s vecin*s. Sitio sucio por antonomasia, indigno de la solera del barrio que lo cobija. Para much*s comerciantes de la zona el mercadillo es un espacio de competencia desleal, con todo lo que ello supone de pérdidas para sus negocios.

Es necesario indicar que todo lo anterior participa de la verdad. Al igual que se da en muchos otros lugares de la ciudad, incluso en esa Sevilla de cartón piedra donde hacen su agosto pícaros y carteristas a la caza del guiri ingenu* y desprevenid*.

6 > por el libre mercadillo



Y, a pesar de que el único período de tiempo en el que se realizó una limpieza semanal de la Alameda fue durante la vida del mercadillo, incluso lo de la suciedad tiene algo de cierto si lo consideramos, al igual que lo entendían much*s de los que l* atacaron con ese argumento, como suciedad social. Allí se juntaban chatarrer*s, gentes venidas del Vacie, algun*s yonquis y otras gentes de mal vivir, "escoria de la sociedad" en definitiva, a vender sus productos.

Ante estos argumentos viscerales, extraídos del imaginario más conservador, de fácil difusión y asimilación sobre todo cuando son machacados hasta la saciedad por personas y asociaciones que participan de la ideología y de los intereses dominantes, y además amplificadas por los medios de comunicación, difícil era mantener en el tiempo un discurso complejo que contrapusiera los beneficios a los posibles perjuicios equilibrándolos en la balanza.

A todo esto habría que añadir el problema de la gestión de las relaciones entre nosotr*s y l*s actor*s principales de la vida del mercadillo, l*s vendedor*s. Relaciones inexistentes durante la mayor parte del tiempo y, que en la medida en que las hubo, se dieron de una manera poco fluida y no con toda su realidad compleja, sino sólo con aquellos de entre ellos que jugaron el papel de interlocutor. Y cuando en los últimos tiempos, al filo del desalojo, decidimos dar el salto cualitativo, entrar en contacto directo con la manera de ser y actuar de l*s mercadiller*s, nos encontramos con un colectivo desestructurado y enfrentado entre sí, y en general poco

arraigado al espacio que para nosotr*s era símbolo de la resistencia en el barrio, el propio espacio de la Alameda.

Por último, sería interesante intentar determinar las coordenadas en las que se desarrolla el proceso por el que un mecanismo que se plantea como de dinamización del barrio allá por 1978, el mercadillo de la Alameda, con el paso del tiempo, se convierte en un problema a combatir.

Por un lado el deterioro del barrio, marcado por el abandono del mismo por parte de la administración, que encuentra su reflejo en el propio mercadillo. Por otro, los cambios de población de sustrato más popular por otra con mayores posibilidades económicas, que se dan en el barrio a lo largo de las distintas fases de la vida del mercadillo, y que modifican el prisma desde el que se ve la realidad de este último. Y como marco de los anteriores, a raíz fundamentalmente de la implantación del Urban, el proceso de especulación urbanística, auténtico "pelotazo" económico para algunos, y los planes de remodelación del barrio como apéndice de la Sevilla limpia y diáfana, aséptica y vendible, que se cree conveniente de cara a una de las mayores fuentes de ingresos para la ciudad, el turismo. Y la descarada intervención mediática que se produjo para favorecer la modificación del barrio en ese sentido.

1 **fotomontaje desde el edificio donde está el bar Habanilla**
foto > Angela Lara 2000



> muerte de un zoco anárquico

Bruno Le Dantec

Mi barrio era como el flamenco: a la vez popular y aristocrático. Uno de sus privilegios más señalados era tener dos mercadillos a la semana, dos. El primero todavía está: es el Jueves, que sigue siendo el mercado más antiguo de la península (algun*s dicen que ya estaba ahí cuando l*s mor*s, pero la mayoría de l*s historiador*s sitúan sus orígenes en los albores del siglo XVI). El otro ya no existe: era el de los domingos. Menos antiguo, se había ganado a pulso una reputación mitad canallesca mitad familiar que provocaba miedo y asco en algun*s, pero atraía como un imán a much*s otr*s. Espejo fiel de la sociedad sevillana, concentraba en un solo día y un solo lugar un tupido entrelazado de riquezas y miserias que de otro modo hubieran permanecido escondidas en los márgenes de la ciudad y en lo hondo de las soledades. Domingo tras domingo, un gentío muy variopinto se citaba ahí para vender, buscar, comprar, o simplemente pasear, palabrear, merodear, trapichear, curiosar. O beber de una botella con l*s demás sin-dineros. O dar una vuelta con la familia sin tener que soltar un pastón en gastos obligados. O chararilear chismes improbables, cosas inútiles, cacharros feos, fotos del pasado, discos raros, libros incunables, muebles antiguos, objetos misteriosos, bastos utensilios con posibilidad evolutiva o, al contrario, con identidad marcada que invita al respeto y a la conservación. De aquellos domingos, mi memoria guarda en sus pliegues y repliegues un cachibache poblado por cientos de rostros y voces, tropezos y hallazgos, olores y polvo.

Recuerdo por ejemplo aquel viejete siempre bien vestido que hacía cantar a Jimi Hendrix por bulería en su mesa donde acomodaba cintas de flamenco añejo y vinilos de rock setentero. Me acuerdo muy bien de esos incansables cacharrer*s que venían empujando sus carritos Continente desde Torreblanca, amontonando trastos hasta alturas imposibles. De sombríos gitan*s portugues*s arreglando

aparatos eléctricos entre el griterío de sus niñ*s. De luminos*s senegales*s presentando cinturones de plástico, llaveros y gafas de sol como si fueran rarezas impagables. De discret*s peruan*s proponiendo chalecos de lana coloreados con tintes naturales. De dos chaval*s motorizad*s despachando naranjas que acababan de cosechar en el parque del Alamillo. Y la rubia de los vestidos flamencos. Y el barba de los perfumes. El carpintero que labraba estanterías en su azotea antes de barnizarlas ahí mismo, bajo la mirada de l*s paseant*s. El canoso dandy que pronto insultaba al que se atrevía a regatearle sus precios prohibitivos. Yonkis hinchándose de barras de chocolate encima de puestos esqueléticos, inocentes escaparates de sus rapiñas. Anónim*s de un solo domingo, estrellas fugaces codeándose con los pilares de ese "zoco anárquico", aquell*s buscavidas que parecían haber echado raíz en el albero siglos atrás, como los árboles. Eran tantas las existencias cruzándose ahí que el movimiento se antojaba perpetuo. Llegué incluso a creer que sólo podía ir creciendo, que esta forma alegre y dura de buscarse la vida iba poco a poco a invadir el mundo. No por bonita sino por auténtica.

Desbordaban las aceras con pregones surrealistas, chulerías, gritos y demás excesos del lenguaje. Como una enfermedad, el mercadillo contagiaba a todo el barrio y a buena parte de la ciudad con su vitalidad. L*s dueñ*s de bares que, alrededor de la plaza, pretendían hacer su agosto en un solo día, imaginaban trucos agradables para atraer al cliente. En una despiadada competencia, ofrecían tapas, buen humor y buenos precios, exposiciones, música, proyecciones. Hubo un periodo -antes de que los munipás se pusieran a multarlos y a chaparlos- en que se daban conciertos gratis en casi todos estos establecimientos. Se podía así pasar del ambiente chillón y polvoriento del mercado a una tasca oscura oliendo a seguiriyas y vermú, y luego a un rincón de rocanrol con birra y calimocho, antes de aterrizar en un reducido biotopo brasileño regado con cachaça. Todo aquello entre humos y encontronazos fortuitos, entre amig*s extraviad*s y hallad*s de nuevo.

6 > por el libre mercadillo

Casualidades todas que provocaban repetidos arrebatos de emoción y hacían transcurrir el día como en un espacio-tiempo de una elasticidad poco común, casi sobrenatural, o por lo menos no muy europea, más bien moruna, o agitanada, vaya... Para l*s sabi*s explorador*s del mercadillo, eran horas verdaderamente ricas. Aventuras y enamoradizas. Algo superficiales pero despreocupadas y sensuales. Nada que ver con el ritmo mecánico de los días trabajados o de las compras decerebrad*s en un gran centro comercial. Era todo un arte el saber moverse y relacionarse en aquel campo abierto. Y esto es, en mi opinión, lo que no se le perdonaba a aquel "foco impune de la piratería moderna", como lo calificó algún día un inspirado periodista. En una época donde el comercio monopolístico -de vocación totalitaria- impone su uniformidad en todos los aspectos de la vida, semejante espacio de vida descontrolada sólo podía estorbar. La frialdad puritana de los supermercados no aguanta la comparación, y luego no soporta la existencia de estos improvisados intercambios. En Sevilla, donde el cínico y predecible Corte Inglés es capaz de imponer al Ayuntamiento que haga circular los coches a la izquierda de una calle para facilitar el trajín de sus camiones y crear de paso un embudo llevando el tráfico de forma casi obligatoria hacia su parking, no se podía tolerar aquel "comercio cochambroso" de los domingos, con su derroche de actividades apenas rentables, su ocupación del territorio escandalosamente gratuita, su genio popular demasiado espontáneo y, por supuesto, toda aquella economía submergida que no paga impuestos. En Sevilla, donde ese Corte Inglés logró infiltrar el poder político de forma tan íntima que llegó alguna vez a adelantar los sueldos de los empleados municipales a un cabildo en quiebra, aquel globo de



aire fresco que se hinchaba cada domingo de madrugada, aquel purgatorio de la picaresca sureña no podía esperar ninguna indulgencia por parte de la muy católica oficialidad. Así la muerte de nuestro mercadillo fue anunciada, conjurada, inducida y finalmente llevada a cabo por la fuerza y el engaño. Exiliado con la alegría a otra parte. Desterrado hacia los confines del mundo habitado. Muerto. Pero l*s que lo andaron y lo encarnaron no lo olvidan.

1 foto > David Gómez 2000

2 en septiembre de 2000 Federico Guzmán coordinó el taller de artes plásticas "El Veloz = museo de la calle" en el CAAC y la UNIA. El proyecto final, organizado entre todos los participantes, consistió en una trepidante acción de camalache un domingo en el mercado de la Alameda. Con la consigna "LA VENTA HA MUERTO", el colectivo montó un soberbio puesto de trueque repleto de enseres domésticos, objetos extraños y acciones artísticas para declarar el intercambio total en La Alameda. La gente asombrada con este derroche de arte no paró de cambiar, descambiar, canjear, permutar y trastocar objetos e impresiones en una tórrida y alucinante jornada sin dinero. Como acertadamente señaló Roberto Martínez López "el flujo vital de los objetos ha sido incidido para que puedan seguir fluyendo bajo otra mirada. Arte como actividad que otorga valor a la materia poniéndola en relación con el pensamiento o viceversa". Algunos de l*s autores materiales del camalache fueron Carmen Carmona, María José Gallardo, Natalia Gómez, Paco Lara, Javier Martín, Ramón David Morales, José Miguel Pereñíguez y Rosa Vives. fotos > Federico Guzmán 2000

3 otoño de 2001. Pintada realizada cuando se quitó el mercadillo de la Alameda. Otras frases se pintaron en aquel momento fueron: "Alameda sin mercadillo es como chorizo sin bocadillo" foto > Erica Bredy 2001





6 > por el libre mercadillo



1, 3, 5, 7, 9, 10, 11, 14, 15, 16, 17, 18, 19,
20, 22

foto > Erica Bredy

4, 8, 12

foto > Jaime Martínez

6, 12, 21

foto > José Manuel Valdivia

2

foto > Indio

> por el libre mercadillo

Asociación Provisional de Vecinas y Vecinos
"Alameda Guapa"

L*s señor*s del Ayuntamiento siguen en sus trances y caprichos: quieren suprimir el mercadillo del domingo en la Alameda y "regular" (¿estrangular?) el del Jueves antes de devolverlo a la calle Feria. Aunque dicen también que sólo se trata de hacerles un "lavado de cara"... Como siempre, cuentan las cosas según pa' donde sopla el viento, induciendo confusión y conformismo. Lo único que queda claro es que están planificando su nuevo barrio a nuestras espaldas, entre secretismo, manipuleo y desprecio.

"Comercio cochambroso", "foco impune de la piratería moderna", "zoco anárquico", "mercado africano o tercermundista", "cueva de ladrones" ... En la prensa, algunos se ceban con el mercadillo haciendo gala de sus prejuicios racistas y clasistas. Hubo incluso quien, justo después del atentado de ETA en el barrio, llegó a escribir que este mercadillo del domingo era "una bomba social en pleno centro de Sevilla"...

¡Cuánto desprecio por la venta ambulante y el reciclaje! Para estas gentes "de bien", comprar de segunda mano es un acto "cochambroso". Se olvidan demasiado pronto de la utilidad social de esta actividad, que procura un sustento a unos, recupera lo que tiran otros, y pone al alcance de l*s demás cosas que no podrían comprar de otra manera. Además, una ciudad tan golpeada por el desempleo, ¿se puede permitir el lujo de impedir a la gente buscarse la vida con la venta ambulante?

Hay quienes pretenden suprimir el mercadillo para acabar con los robos en el barrio, sin darse cuenta de que éste no es la fuente del problema y que eliminarlo no es tampoco una solución. Hasta un responsable de la policía nacional tuvo que reconocerlo : *Los últimos acontecimientos en el barrio de la Alameda son sucesos inevitables que pasan en todos los sectores de Sevilla, y la Alameda es, paradójicamente, uno de los lugares donde menos delitos se cometen, ya que no superan el cuatro por ciento de la totalidad del distrito* (Casco Antiguo, 13 de octubre de 2000). Y es cierto : las calles desiertas de Santa Cruz o de Los Remedios tienen más peligro que las nuestras, porque la inseguridad y el miedo crecen más con el anonimato y la falta de convivencia que se dan en esas "barriadas modélicas".

L*s que quieren prohibir los mercadillos con el pretexto de que ahí se venden cosas robadas, ¿se han cuestionado alguna vez sobre el origen de lo que compran en el Corte Inglés o en cualquier tienda de veinte duros? ¿Nunca se preguntaron en qué condiciones laborales, en qué ambiente opresivo, nocivo para la salud, han sido producidas esas mercancías?

Convendría preguntarnos: ¿Por qué tener miedo a la realidad y a la espontaneidad popular? ¿Por qué provocan molestias los olores, colores y ruidos que trae la diversidad?. ¿Por qué avergonzarnos del genio de estas calles?. ¿Y cómo se puede pretender dar solución a la pobreza machacando a los pobres?

Estos mercadillos son un espejo de la sociedad sevillana. Reflejan sus miserias y también su riqueza humana, sus acentos, su guasa. "Regularlos" sería un intento hipócrita de tapar los aspectos más excesivos y chillones de esta ciudad. Pero, ¿de qué sirve pintar la fachada si el edificio sigue cayéndose a trozos?. Si el barrio y la ciudad mejoran de verdad, si la pobreza retrocede realmente -y no sólo empujándola hacia los polígonos o hacia la cárcel-, los mercadillos mejorarán también, sin necesidad de agobiarlos con normas, impuestos y controles policiales.

Porque ¿qué significa "normalizar" los mercadillos?. ¿Desde cuándo un mercado tiene que ceñirse a una sola actividad (antigüedades, o flores, o artesanía)?. ¿A quién se le ocurriría pedir al Corte Inglés que se limitase a vender sólo perfumes, o a Continente sólo latas de fabada asturiana?. ¿Quién podrá pagar para seguir teniendo derecho a vender en estos nuevos mercados de encopetados?. Parece que algunos no soportan la idea de que la gente de la calle pueda intercambiar libremente fuera de los supermercados, o hablar entre sí sin pasar por el filtro del clientelismo político. ¡Qué extraña concepción de la libertad tienen los que nos gobiernan!

Últimamente está de moda entre los políticos pregonar los méritos de libre mercado, que se autorregularía solito, según la sagrada ley de la oferta y la demanda: ¿Por qué no demuestran los del Excelentísimo Ayuntamiento de Sevilla la misma fe y el mismo optimismo con nuestros dos mercadillos? ¿O es que la libertad de mercado sólo vale para que los gordos engullen a los pequeños, como en el caso de la liberalización de los horarios comerciales?

Hoy, muchas ciudades europeas procuran recuperar sus antiguos rastros, reducir el tráfico rodado y devolverles actividad humana a sus calles. Aquí, ¿habrá que destrozar lo que ya tenemos para luego añorarlo y tener que reinventarlo desde la nada dentro de veinte años?

No estamos opinando desde alguna ideología trasnochada. Estamos hablando de hechos. El mercadillo de la Alameda es un hecho, un hecho social. Una realidad que no ha necesitado de ninguna subvención, ni tampoco de ninguna prohibición, para seguir vivo y dinámico. Sólo pedimos que nos dejen respirar. La vida, nos encargaremos de buscárnosla e inventárnosla.

¡QUE VIVA EL LIBRE MERCADILLO!

6 > por el libre mercadillo



1, 5 foto > José Manuel Valdivia

2 foto > Mariano Agudo

3, 4, 6 foto > Juanma Jiménez

7, 9, 10 foto > Erica Bredy

8 **Plataforma contra el Aparcamiento bajo la Alameda**

11 foto > Indio



1 foto > Pepo Herrera 1999

2, 4, 9, 12, 17 foto > Jaime Martínez 2000

3, 5, 6, 8, 11, 13, 14, 16 foto > Inma Guerra

7, 10, 15 foto > Erica Bredy

6 > por el libre mercadillo



> voces del mercadillo

Erica Bredy

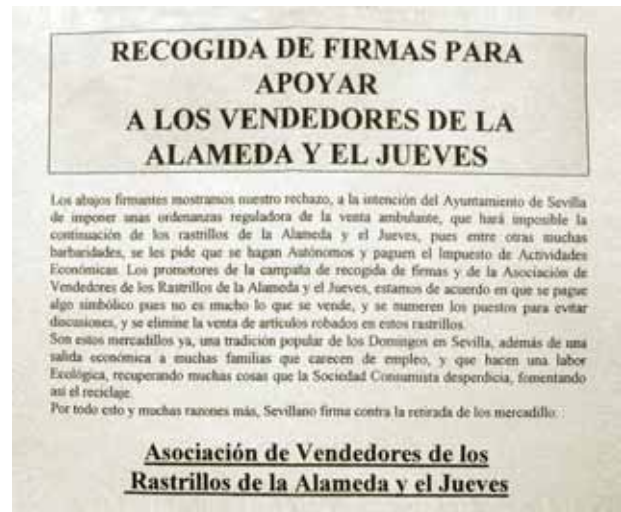


Un domingo de otoño de 2001 la Alameda despertó con las calles cortadas por la policía local, nadie podía acceder a ella con coche o carrito, o cualquier otro vehículo sospechoso de transportar algo susceptible de ser vendido en el mercadillo. Pisoteando cualquier norma de convivencia civil, y contradiciendo incluso sus mismas leyes, la Policía Municipal acordonó el

barrio para impedir que se realizara lo que desde hacía años se venía haciendo los domingos por la mañana: vender y comprar objetos de segunda o tercera mano; un intercambio que se hace cada vez más necesario en un mundo gobernado bajo las leyes de un mercado global cruel y descarado. Durante todo un día, este espacio público fue privado de su libertad, y para acceder a él tenías que acreditar quién eras, de dónde venías, y a qué ibas. A pesar del dispositivo policial mucha gente consiguió llegar a la plaza, esconderse hasta las primeras luces del sol y sacar sus mercancías. Además, mucha otra gente consiguió llegar para darse su paseo, o para buscar algo que le hacía falta. Esto, según la lógica del Ayuntamiento, se había convertido en algo ilegal o por lo menos no permitido. Así que l*s funcionari*s del orden se dedicaron a levantar los puestos que habían conseguido instalarse, poniendo multas y luciendo su ejemplar papel represor. Todo esto, entre gritos y protestas.

No había silencio aquella mañana de domingo, este silencio que hay ahora, donde sólo se escucha el ruido de los coches. Aquella mañana la gente del mercadillo hablaba, gritaba, decía que no se querían ir, que éste era su sitio...

Aquí están algunas de las voces¹ que fueron grabadas en directo aquella mañana. Las he transcrito para dar voz directa a l*s protagonistas. A ell*s, está dedicado este pequeño escrito.



2

¹ He mantenido una transcripción cercana de las entrevistas, por respetar la expresión espontánea de las personas antes que cambiar su forma de expresarse, aun a costa de una lectura más difícil.



3

6 > por el libre mercadillo



¿Por qué se oponen a esto y después no son capaces de ponerse en contra de El Corte Inglés?. Ya que es El Corte Inglés quien robó lo que era el Palacio del Duque, que es por esto que la plaza se llama así. ¿Por qué lo han robado?, ¿por qué esto no lo ha defendido el pueblo?, ¿por qué?. ¿Quién es la Ley?. ¿Qué significa la palabra ley? ¿A que usted no me lo dice?. ¿A que no me lo dice nadie?. ¿Por qué tiene derecho un médico matando a gente a ganar más que un carpintero? ¿Por qué han permitido que el coliseo acabe siendo un banco, cuando era un teatro?, ¿por qué no se han metido contra esto?. ¿Por qué? Porque son convenios comerciales... Es el dinero que llama al dinero, y destrozan las verdades.

¿Por qué han dejado que El Corte Inglés destruya lo que era el palacio de los Duques, siendo tan precioso?, ¿por qué no se han metido contra esto?. Porque es El Corte Inglés, y no el corte español.

¿Por qué se han metido con lo del algodón?. Porque la ropa siendo de algodón, tal como la nación va aumentando, la ropa debería

multiplicarse.. ¿Por qué se han llevado Hytasa de Sevilla? ¿Por qué no dejan al pobre sembrar algodón? Si la ropa nunca puede decaer... ¿Por qué se llevaron los catalanes Hytasa? ¿Por qué? ¿Por decadencia? ¡Nooooo!!

¡Por el robo!, ¡por el robo!, ¡por el robo!

¿Por qué se quedan con el dinero? ¿Quién tiene que pagar esto? El pueblo. Porque al pueblo cuando se empieza a defender le tapan la boca, y nos quieren acorralar (...)

De todas maneras, si no nos van a matar con una pistola, nos van a matar de hambre..

¿Por qué el pueblo se acobarda?. ¿Por qué?. ¿Dónde está la unión?



- 1 mercadillero - ardilla resisitendo en lo alto de un árbol durante el desalojo por parte de la policía municipal
foto > Julio Vergne 2001
- 2 hoja de recogida de firmas
- 3, 4, 5 fotogramas extraidos de video.
Rejojo Producciones 2001

1, 3 **desalojo del mercadillo dominical de la Alameda**

fotogramas > extraídos de video,
Rejojo Producciones 2001

2

mercadillo durante su estancia por la zona de Barqueta

foto > autoría desconocido, por el momento

4

mercadillo en la actualidad, Charco de la Pava
foto > Curro Aix 2006

Yo he pertenecido al PCE y a mí me han pegado palizas, he salido en el ABC y he estado en la cárcel. ¿Con qué me han pagado esto?. Nada. El pueblo tiene que estar reconciliándose sobre la verdad y no acobardarse, sino unirse, porque el pueblo unido jamás será vencido, y la verdad ¡por delante!

Porque ahora vamos todos vestidos de frailes, rezando el padrenuestro.... ¡lbas a ver tú cómo se metía el palacio arzobispal!

¿Vamos a volvernos todos católicos? ¿Vamos a volvernos todos testigos de Jehová?. ¿Quién es Dios? ¿Quién es Dios?. Dios es El Corte Inglés. La antigua Galerías Preciados se hartó y se fué al cielo, dejó la tierra...

¿Qué, no se convence Usted?

Pues la verdad no tiene más que un camino: ¡¡la mentira!!!

(testimonio de un paseante de la Alameda)

Esto es una cosa típica de aquí. Por unos cuatro sinvergüenza que hay

aquí... ¡Que sí los hay!, pero igual que en cualquier lado. En el ayuntamiento también, claro que los hay. Y además, a nosotros nos gusta venir aquí. Una mujer, un ama de casa, viene aquí a pasar el rato o a buscar algo, un trapito un algo, que le cuesta mucho más barato que en El Corte Inglés. A las que venimos, nos han partido por la mitad.

(testimonio de una mujer que venía de paseo y a buscar algo)

Este reloj, nuevo, vale 2000 pesetas. Aquí lo puede sacar por 500 o 600. Es una buena forma de buscarse la vida: yo gano algo, y la otra persona ahorra también.

(testimonio de un hombre que tenía un puesto en la Alameda)



1

6 > por el libre mercadillo

¡Lo que han hecho es un asalto a mano armada!. Porque si tú vienes, y no eres vendedor, pero vienes para darte un paseo, resulta que estos señores te niegan el acceso.

(testimonio de una mujer que venía a vender con su marido)

¡Aquí no es lo que vote el pueblo!. ¡Aquí es lo que los políticos digan!. ¡Aquí quieren negociar con la Alameda!. Quieren hacer sus subterráneos. Y las familias nos quedamos sin comer hoy. Este alcalde socialista, en vez de ser socialista es un fascista. Es una vergüenza lo que está haciendo con las criaturas de aquí de la Alameda. ¡Quitarles el pan!

(testimonio de un vecino de la Alameda).

¡Mis hijos tienen que comer!. ¡La luz la tengo que pagar! Entonces que me den un trabajo... ¡No se entera el alcalde de que somos padres de familia!

(testimonio de un vendedor del mercadillo de la Alameda).

Mira, yo trabajo muchas veces en el campo, en la aceituna, de temporero. Me gusta mucho el campo. Me pongo a vender los jueves y los domingos. No entiendo por qué lo quitan de forma tan radical, cuando esto tiene una tradición secular. Yo creo que esto tiene que ver hasta con el turismo.

Estas son cosas de segunda mano. A la gente le sale más barato. Yo saco aquí veintemil pesetas, y con eso puedo vivir una semana.

(testimonio de un vendedor del mercadillo de la Alameda)



2



4

3